



[haz espacio]

La misericordia es un hecho. La reconciliación es un don

En numerosas ocasiones hemos centrado el mensaje de la cuaresma en la llamada al arrepentimiento y la conversión. Y es frecuente que todas las listas de “mejoras vitales” que elaboramos al principio de la cuaresma acaben en cúmulo de despropósitos. Nos olvidamos de que la reconciliación es un don recibido que no depende solamente de nosotros mismos. Por eso, el arrepentimiento de Pedro que meditábamos hace quince días, fue solo la primera parte, la puerta de entrada para comprender existencialmente el mecanismo de la misericordia. Arrepentirnos podemos hacerlo solo nosotros. Reconciliarnos, solo nos puede reconciliar Dios. Pero seguimos estando de enhorabuena, porque la misericordia no está sujeta al azar: la misericordia es un hecho. ¿Tendremos el valor de aceptarlo?

[espacio de la Palabra]

[Cantamos el estribillo y quien quiera puede recitar una estrofa]

Salmo 32

**La bondad y el amor del Señor,
Duran por siempre, duran por siempre.**

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.

**La bondad y el amor del Señor,
Duran por siempre, duran por siempre.**

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.

La bondad y el amor del Señor,

Duran por siempre, duran por siempre.

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles.

**La bondad y el amor del Señor,
Duran por siempre, duran por siempre.**

La misericordia del Señor dura por siempre, su justicia pasa de hijos a nietos: para los que guardan la alianza.

**La bondad y el amor del Señor,
Duran por siempre, duran por siempre.**

La palabra (Jn 13, 1-12)

Antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre, y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando y ya el diablo había metido en la cabeza a Judas la idea de traicionar a Jesús. Entonces, Jesús, sabiendo que el Padre le había entregado todo, y que de Dios había venido y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura. Después echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura. Cuando llegó a Simón Pedro, éste se resistió:

—Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?— Jesús le contestó: —lo que estoy haciendo, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después—. Pedro insistió: —Jamás permitiré que me laves los pies—. Entonces Jesús le respondió: —Si no te lavo los pies, no tienes nada que ver conmigo—. Simón Pedro reaccionó así: —Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza—. Entonces dijo Jesús: —El que se ha bañado sólo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio, y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

[espacio de la escucha]

El autor y el estilo

Sieger Köder es un pintor expresionista alemán, todavía vivo. Sus pinturas tienen también un profundo significado teológico. Es un seguidor tardío del expresionismo: vanguardia que, desprecia la forma artística a favor de la expresión de lo que el autor siente, sin ningún tipo de condicionamiento estético, para que el espectador tenga un impacto emocional. Por eso no tiene ningún interés en la perspectiva, la composición o el tratamiento de la luz; utilizan el color de una manera violenta, provocando formas distorsionadas.

Observa

La escena está desbordada por dos manchas de color que definen a los dos personajes: parece que no tuvieran sitio y tuvieran que superponerse uno al otro en una postura forzada. Jesús está arrodillado a punto de lavarle los pies a Pedro, justo antes de la última cena.

El escándalo

Pedro está sentado, los pies introducidos en el agua. Una mano está suavemente posada con afecto en el hombro de Jesús, lo cual indica la relación de intimidad que hay entre los dos. La otra se alza escandalizada como queriendo frenar a Jesús. La cara de Pedro es de sorpresa. El pintor ha querido recoger ese momento en el que Pedro dice *"Jamás me lavarás tú a mí los pies"*. Sin embargo, Jesús no puede ver el gesto de Pedro, porque está completamente inclinado, casi humillado, sobre su acción. A Jesús no le interesan tus excusas, sino tus pies: sin duda, la parte del cuerpo más indigna al estar constantemente en contacto con el polvo del camino. Los pies sucios representan simbólicamente la parte pecadora del hombre. La postura de Jesús es un esfuerzo exagerado, como si el pintor quisiera mostrar la transgresión escandalosa que contiene el gesto. Jesús está vestido con el *"efod"* o manto, típico de los rabinos y de los sacerdotes. ¿Cómo es posible que un judío honorable, se rebaje a hacer un trabajo de esclavos? ¿Cómo es posible que todo un Dios, se abaje, se humille hasta lavar los pies de un pecador? Y es que la clave del cuadro y de la escena evangélica es precisamente esta: ¿quién es este Dios que viene a lavarnos los pies?

Un rostro en el agua sucia



Ponte en el lugar de Pedro. Descálzate. Pon encima de la mesa todo aquello que te da vergüenza. En el fondo no somos tan distintos de Pedro. Nosotros hacemos lo mismo que él. Negarnos a la misericordia. Creemos que nuestro pecado no es digno de Dios y rechazamos la idea de que Dios quiera limpiarnos. Como si Dios se escandalizara de nuestra debilidad. Pero Jesús insiste: *"Si no te dejas lavar los pies, no tienes nada que ver conmigo."* Es como si dijera: si no me dejas entrar hasta lo más oscuro de ti,

aquello que rechazas profundamente en tu interior, no descubrirás nunca quién soy. Es precisamente en el agua sucia de nuestra debilidad donde descubrimos el verdadero rostro de Dios y nuestro verdadero rostro. El Dios de Jesucristo solo se puede ver a través de las aguas sucias de nuestro pecado, porque es donde él está, abajándose, humillándose, sanándome, amándome. Porque la definición de Dios es la misericordia. Y misericordia quiere decir “amar profundamente lo miserable”. Es ahí donde opera la reconciliación, en la batalla perdida de nuestras traiciones. La invocación desgarrada que surge de Pedro arrepentido en el cuadro de Rembrandt, aquí tiene una respuesta desconcertante en ese Dios que elige lo más bajo de nosotros para amarnos. Y solo a través de nuestro fracaso su rostro se desvela como aquel que ama incondicionalmente.

Acepta la misericordia

Contempla el cuadro en su conjunto. Déjate mirar por el rostro reflejado en el agua sucia. Acepta la inclinación amorosa de Dios sobre tu miseria. ¡Acéptala! Baja despacio la mano crispada de tu orgullo, y acompaña el gesto de Jesús, y si eres capaz de articular palabra ora con el salmista: *“Bendice alma mía al Señor, porque es compasivo y misericordioso”* (Sal 32)

[espacio del corazón]

Momento de silencio y de compartir.

Quien quiera puede compartir en alta voz una pequeña reflexión, un trozo de la Palabra de Dios que le haya llamado la atención. Puede también pedir por algo o alguien, o dar gracias.

En mi debilidad, me haces fuerte. En mi debilidad, me haces fuerte.
Solo en tu amor, me haces fuerte. Solo en tu vida, me haces fuerte.
En mi debilidad te haces fuerte en mí.

Padrenuestro

Oración final

Señor, Dios nuestro, que has decidido querernos desde abajo para que nunca nos sintamos lejos de tu amor, ayúdanos a aceptar tal desbordamiento de misericordia para que podamos saber definitivamente quiénes somos y quién eres tú, hasta dónde somos amados y hasta dónde eres capaz tú de amarnos. Transfórmanos en fuente de misericordia para tantas personas heridas. Por Jesucristo, tu Hijo y nuestro Señor.